



EL SISTEMA DE PARTIDOS EN ESTADOS UNIDOS

Giuseppe ARE, Luigi M. BASSANI

El actual sistema estadounidense de partidos ya no tiene mucho en común con el del *New Deal*, aunque este último demuestre en apariencia cierta vitalidad. Tanto los demócratas como los republicanos atraviesan un período de fragilidad, como lo confirman la escasa solidez del debate interno y el desfase con respecto a la sociedad civil. La permanente fractura del voto entre Casa Blanca y Congreso, la primera republicana, el segundo más decididamente demócrata, es el resultado evidente de la incapacidad de los partidos para convertirse en promotores de intereses a la vez nacionales y locales.

A finales de los años 50, el *National Opinion Survey* consideraba seriamente la hipótesis de eliminar algunos tipos de encuestas concernientes al grado de confianza del pueblo americano en los partidos, en el gobierno, en la gran industria y en otras importantes instituciones. Los motivos eran de orden económico

(éstas eran las encuestas más costosas), así como de orden práctico. Las respuestas eran invariablemente las mismas durante años: los americanos mostraban niveles muy altos de satisfacción con respecto a las instituciones básicas del sistema político y económico. Pero la monotonía de tales encuestas no estaba destinada a perdurar en el

Hay una indudable evidencia práctica de que estas actitudes con respecto a los partidos son más de neutralidad que de aversión.

transcurso de las décadas siguientes. Durante el ataque general a la autoridad de los años 60, en efecto, no hubo institución de relieve, gobierno, sindicatos, partidos o *corporation* que no viese reducido su propio índice de aceptación. Y las encuestas, obviamente, no se eliminaron.

Entre todas las instituciones que sufrieron en el transcurso de los años 60 y 70 este deterioro de su imagen, tal vez fueron los partidos políticos los que más se esforzaron por reconquistar la confianza de la opinión pública. En realidad es discutible que hayan llegado a reconquistarla plenamente.

Hay una indudable evidencia práctica de que estas actitudes con respecto a los partidos políticos son más de neutralidad que de aversión, pero no niega el hecho de una adhesión cada vez menor del electorado a los partidos. Con valor meramente ilustrativo se puede destacar que la enorme mayoría de los americanos sostenía, en 1980, que la mejor regla para votar era elegir un candidato sin atender a la etiqueta partidista. Aun sin llegar a los excesos liquidacionistas de Burnham, según el cual hay una «secular tendencia a la gradual desaparición del partido político en América», está claro que la relevancia de los partidos, sobre todo a los ojos de los electores, ha disminuido mucho con respecto a los años 50.

No todos los indicadores del estado de salud de los partidos apuntan, sin embargo, hacia abajo; por ejemplo, mientras que la «identificación partidista subjetiva se debi-

litaba durante los años 60 y 70, el nivel de la fuerza organizativa de los partidos no ha disminuido de manera similar. Las organizaciones de partido parecen haber resistido a la variedad de fuerzas no alineantes que han forjado el universo electoral y que, presumiblemente, han amenazado a los partidos políticos americanos» (1). A veinte años de distancia de su más rigurosa enunciación formal (2), la tesis de la imparable marcha hacia la descomposición de los partidos se ha revelado como un útil elemento polémico en el conjunto de los estudios sobre los partidos políticos, pero ya no se siente el eco de las voces de consenso que había suscitado. No porque hayan cambiado sustancialmente los datos que habían sugerido la idea de tal declive de los partidos: la participación electoral es cada vez más escasa, las lealtades de partido cada vez menos fuertes; pero esto se ha aceptado generalmente como un ingrediente, una condición casi constante del sistema partidista. Mientras tanto el debate, en el transcurso de los años 80, se ha dispersado en miles de motivos: la nueva fuerza organizativa de los partidos, las reformas internas de éstos, el financiamiento de las campañas electorales a la luz de la nueva legislación de los años 70 al respecto, la centralización y nacionalización de la política norteamericana y otros más.

En este artículo, luego de breves alusiones a la vieja cuestión de las urnas semi-vacías y de una presentación muy sintética del concepto de identificación partidista (*partisanship*), trataremos con cierta profundidad el tema de la realineación del sistema de partidos. En efecto, no es improbable que los fenómenos a los que se ha aludido puedan entenderse mejor en relación con el cambio del sistema de partidos rooseveltiano que como síntoma del declive del partido político en Estados Unidos. Nuestra impresión es que muchos observadores han idealizado un sistema de partidos, el del *New Deal*, hasta el punto de

no reconocer los fenómenos de cambio como tales, sino sólo como crisis de la época. «La idea es que los partidos vigentes durante el *New Deal* de los años 30 y 40 eran los mejores posibles y respondían discretamente a las necesidades de una política democrática» (3). El fin del sistema antiguo parecía marcar así el declive de los partidos, su descomposición. Es mucho más probable, en cambio, que haya tenido lugar algo diferente a una crisis de época: una realineación, o sea un «sucedáneo americano de la revolución» (la definición es de Burnham); pero que, aun en un marco que ya nos presenta la era del *New Deal* relegada a los libros de historia, los partidos siguen estando en el centro de la política de Estados Unidos.

1.

La política electoral es en Estados Unidos mucho más compleja que en cualquier otro país democrático. En primer lugar, los ciudadanos deben emitir su voto unas doce veces en cuatro años (contra una probable media europea de dos o tres) para elegir presidente, senadores, representantes, senadores y representantes estatales, alcaldes, consejeros municipales, gobernadores y aún otros, según las localidades. En segundo lugar, una correcta información política requeriría a un elector no sólo instruido e interesado, sino también con una enorme disponibilidad de tiempo. Además ninguna autoridad, ni federal ni estatal, se ocupa de inscribir y de mantener inscrito al ciudadano en las listas electorales. Ese deber corresponde notoriamente al elector y se llama «registro». No es que se trate de algo burocráticamente oneroso; por el contrario, el procedimiento se va simplificando cada vez más, con la posibilidad de registrarse incluso unos pocos días antes de las elecciones. No obstante, el sistema sigue funcionando de tal modo que los distraídos y los perezosos se encuentran ante la imposi-

La política electoral es en Estados Unidos mucho más compleja que en cualquier otro país democrático.

bilidad de votar el día de las elecciones. Consideradas estas peculiaridades del sistema americano, es indudable, sin embargo, que el nivel de participación electoral en Estados Unidos es el más bajo de todas las democracias industriales, con la posible excepción de Suiza, que desde hace tiempo disputa a Estados Unidos el primado de la apatía política.

Aunque no sea una constante de la historia política norteamericana (el siglo XIX se caracteriza por porcentajes mucho más altos de votantes), la escasa afluencia a las urnas se inscribe en la historia americana de este siglo. En las últimas presidenciales participó sólo el 49,1% de los electores potenciales; si se considera que la famosa campaña Nixon-Kennedy de 1960 movilizó al 63% de los que tenían derecho al voto, resulta claro que la participación actual está en sus mínimos históricos. La aproximación entre las dos campañas, 1988 y 1960, podría inducirnos a pensar que la mediocridad política influye de algún modo en la participación. En realidad no es así: las urnas semivacías son ya un dato endémico de las crónicas políticas americanas. Tomemos un ejemplo de política local. En 1970, Kenneth Gibson se convirtió en el primer alcalde de color en una gran ciudad: Newark (N.J.). La batalla era entre dos grupos raciales por el control de la ciudad (el otro candidato, en funciones, era Hugh Addonizio), si bien la participación electoral no sufrió variaciones de relieve. Sin embargo, conviene ver más en detalle el mapa del no voto en Estados Unidos.

El estudio a largo plazo más completo, en el que se siguen basando muchos de los comentarios, es el de Wolfinger y Rosenstone de 1980 (*Who Votes?*, Yale University Press). La particularidad de este trabajo, que lo convierte aún a diez años de distancia en el más exhaustivo, es que se basa en una muestra enormemente superior a la media, cerca de 130 mil personas entrevistadas, en lugar de las habituales dos o tres mil. Los resultados no son para nada sorprendentes y pueden resumirse así:

— Categorías de personas sobrerrepresentadas en el voto con respecto a la media nacional: ciudadanos con instrucción universitaria, alta renta, los ancianos y los viejos, los funcionarios del gobierno, los residentes estables y los republicanos «fanáticos» (*strong Republicans*).

— Categorías subrepresentadas: ciudadanos con el menor grado de instrucción escolar, la más baja renta, los jóvenes, los solteros, los residentes en los Estados del Sur, los desempleados, los negros, los hispanos, los que cambian a menudo de residencia y los independientes políticos.

Muchos otros estudios que utilizan otras fuentes y otras elecciones (el trabajo citado se refería a las elecciones de 1972 y, aunque en menor medida, a las de 1974) coinciden. Sustancialmente «la participación disminuye entre todos los grupos demográficos, pero está desapareciendo entre los jóvenes y los ciudadanos en el extremo de la escala social» (W. N. Crotty).

El nivel de participación electoral en Estados Unidos es el más bajo de todas las democracias industriales.

Hemos visto muchas categorías heterogéneas entre los sub y sobrerrepresentados, lo que podría inducir a creer que la participación política depende de un número demasiado elevado de variables: raciales, económicas, geográficas, de instrucción, de movilidad. En realidad, simplificando las categorías a dos, instrucción y renta, se obtienen datos que, a causa de su linealidad, están destinados a relegar a los otros a un papel complementario.

La correlación lineal, en efecto, es perfecta sólo para la renta, mientras que presenta una brusca solución de continuidad en lo que respecta a la instrucción. Esta paradoja puede enunciarse así: durante los años 70, los ciudadanos con instrucción universitaria votaron menos que quienes no habían ido a la universidad en absoluto. Este hecho se ha explicado muy bien con el descubrimiento de que los ciudadanos más ancianos, que votan en un porcentaje relativamente alto, están cada vez más sobrerrepresentados en la categoría «8 años de instrucción» (primaria más secundaria); los jóvenes que abandonan la enseñanza superior, por el contrario, votan en un porcentaje muy bajo.

Esta oscilación de la linealidad, por tanto, no niega uno de los hitos de la investigación sobre el comportamiento electoral, es decir, que la instrucción es «el primer factor predictivo para toda clase de variables dependientes relacionadas con el interés político, la participación y la movilización» (4). Otras categorías que en el estudio de Wolfinger y Rosenstone resultan poco propensas al voto son los negros y los hispanos, lo que genera una legítima sospecha de alineación política de las minorías. Esto es cierto sólo en parte. Estudios recientes demuestran cómo en caso de paridad de renta y de instrucción el electorado de color participa en mayor medida que el blanco (5). El caso de los hispanos es, en cambio, más complejo. Barreras lingüísticas, ligadas

a la marginalidad cultural, además de económica, hacen de la comunidad hispana un caso clásico entre los segmentos de la población víctimas de la alienación política. Su participación electoral se mantiene constantemente por debajo del 30%.

Trazar el mapa del voto en los Estados Unidos es esencial para distinguir los problemas de orden sociológico de aquellos de orden político. No es casual que los estudios más serios, interesantes y de mayor alcance sobre el tema sean de sociólogos y no de científicos políticos (6). Una vez demostrado que la marginalidad socioeconómica crea alienación política, la deducción consiguiente es que Estados Unidos tiene dos problemas específicos con respecto a la participación política: el voto de la clase media (muy poco inferior a los mínimos europeos) y el de la subclase, que presenta niveles de afección política incomparables con cualquier otra democracia. El estudio de la subclase americana, cuyas filas han aumentado mucho en el transcurso de los años 80, se considera propio de la sociología. Los independientes y los republicanos «fuertes», que también aparecen entre los grupos que se apartan de la media nacional del voto, son en cambio «categorías de lo político» y, como tales, serán objeto de un tratamiento especial.

2.

Hemos introducido algunos términos como independencia política, republicanos «fuertes», etc., que atañen a un único cuerpo de investigación, clásico de la ciencia política americana: el de la identificación partidista (*partisanship*), en el que conviene detenerse ahora. La identificación partidista es una declaración del entrevistado con respecto a su partido de referencia. La pregunta que se le hace es la siguiente: «Hablando en general, ¿se considera un demócrata, un republicano, un in-

A iguales niveles de renta e instrucción, el electorado de color participa en mayor medida que el blanco.

dependiente o alguna otra cosa?» (tal vez la pregunta más famosa en la historia de las encuestas de opinión). Las categorías acaban siendo, habitualmente, siete: partidarios débiles o fuertes de los dos partidos, simpatizantes republicanos o demócratas e independientes puros. Los apolíticos representan constantemente un porcentaje irrelevante. En algunos estudios, en cambio, se usan sólo las tres categorías primitivas: republicanos, demócratas e independientes.

¿Para qué sirven los datos así obtenidos? ¿Por qué razón han adquirido un puesto insustituible en el estudio del sistema de partidos americano? Para responder a tales cuestiones hay que referirse a la génesis de este instrumento analítico y aludir a las principales controversias con respecto a su funcionalidad. Por cuanto el concepto de *partisanship* se remonta a los años 40, el punto de partida obligado de toda discusión sobre el tema es sin duda *The American Voter* de 1960 (7). El modelo de comportamiento electoral presentado en este libro ha tenido la función de destruir para siempre el mito del voto racional, cara a la teoría democrática clásica. Muchas páginas del libro están dedicadas a demostrar la completa incapacidad del elector medio para pensar la política en términos abstractos, para desarrollar una ideología coherente. Según la escuela de Michigan, como se llama al grupo de autores que trabajaban en la Michigan State University, la única guía verdadera en el comportamiento electoral es, para la mayor parte de los americanos, la adhesión al partido.

No hay quien niegue cierto grado de correlación entre los grupos socioétnicos que sostienen a los partidos y una determinada alineación histórica.

El sentido común y la teoría clásica podrían sugerir que la afiliación a un partido deriva de las opiniones políticas de una persona y que son éstas las que lo llevan hacia el partido más próximo a su propia visión del mundo. Campbell y otros niegan decididamente esta posibilidad por dos motivos. En primer lugar, la identificación partidaria no es una opción racional de individuos conscientes y adultos; se desarrolla durante la primera fase de socialización, antes de que una persona haya alcanzado la madurez de juicio: sustancialmente un individuo permanecería ligado al partido adoptado durante la infancia. En segundo lugar, la fuente de los juicios políticos personales es la identificación con un partido, porque el conocimiento de las cuestiones políticas es demasiado escasa. Tres condiciones deberían verificarse para que una persona pueda ser clasificada como un votante en relación con cuestiones determinadas (*issue voter*): conocimiento de la cuestión, opiniones sobre la misma y clara percepción de la posición de los partidos sobre ella. La extensa mayoría de los votantes, en opinión de los autores del *American Voter*, no llega a tanto. Sólo a través del filtro de la identificación los individuos perciben y valoran a partidos, candidatos y cuestiones. Esta opción de campo político se consideraba resistente a los impulsos de corto plazo; sólo el 20% de los entrevistados declaraba haber cambiado su propia identificación con un partido en el curso de su vida.

La identificación con un partido como resultado de la socialización primaria ha sido

aceptada como resultado indiscutible de la investigación, pero otros aspectos han sido mucho más controvertidos. Los análisis sobre la estabilidad de la afiliación han revelado que es sensiblemente menor de lo que afirmaba la escuela de Michigan (8). Con respecto al voto expreso, la identificación partidista, por ser uno de los factores más importantes, ha sido puesta eficazmente en duda como explicación única del comportamiento electoral. Nos referimos, en especial, a la teoría del voto retrospectivo desarrollada, siguiendo los pasos de Downs, por V.O. Key Jr. y, más recientemente, por Morris Fiorina (9). En síntesis extrema, los electores juzgan la pasada prueba proporcionada por el partido y/o el presidente en funciones y, fieles a la confianza acordada, votan en consecuencia. El voto está dirigido por completo hacia el pasado. La misma afiliación partidaria no sería impermeable a las ilusiones y a las desilusiones de los períodos políticos.

En 1976 salió un libro que estaba destinado a sentar las bases de la discusión en la década sucesiva: *The Changing American Voter* (10). Los resultados de esta investigación son que el electorado americano está mucho menos ligado a los partidos. Pruebas irrefutables de ello son el aumento del voto cruzado (*split-ticket vote*, es decir, el voto diversificado entre Congreso y Presidencia). Los autores echan abajo el modelo de 1960 o, mejor dicho, lo consideran superado, y afirman que los electores votan por las cuestiones y no por los partidos. La figura central de los años 70 es la del elector sofisticado, informado e independiente que elige sobre la base de las posiciones del candidato (o al menos sobre las propias representaciones de éstas). Al mismo tiempo, se refuta la teoría del voto retrospectivo porque los actores de la política americana son los candidatos y no ya los partidos. Estos últimos, en efecto, ya han perdido el prestigio de su posición por ser débiles, políticamente inconsistentes y,

sobre todo, por estar desprovistos de un sólido vínculo con los candidatos que podría hacerlos partícipes de un juicio basado en la prueba ofrecida (los autores escribían antes de la revolución reaganiana...).

¿Cuál es, pues, la utilidad práctica de los estudios sobre la identificación con un partido? Ante todo, dado el hecho, empírico además de teórico, de que la distribución de la *partisanship* en el electorado es mucho más estable que las preferencias electorales expresadas año tras año, el estudio de las fluctuaciones en la identificación con un partido nos señala si los fenómenos electorales se deben a fuerzas de corto plazo o bien a cambios destinados a perdurar en el tiempo. Además, la afiliación es esencial en el estudio de las coaliciones, o sea de los grupos sociales que están en la base de los partidos y, principalmente, en los cambios de esas mismas coaliciones. Por último, como ya hemos señalado, la identificación partidista sirve de base para discusiones más generales sobre la capacidad del sistema de partidos en su totalidad. Y es precisamente en el sistema de partidos en el que centraremos ahora nuestra atención, primero con algunas clarificaciones preliminares sobre los instrumentos conceptuales de los que se ha dotado la ciencia política para comprender mejor sus cambios; luego, con la presentación de algunas opiniones autorizadas con respecto a los rasgos sobresalientes del actual sistema partidario estadounidense.

3.

Los términos alineación (*alignment*), desalineación (*dealignment*) y realineación (*realignment*) son, desde hace más de 30 años, familiares a quien se ocupa de la historia política norteamericana. En efecto, es de 1955 el artículo pionero de V.O. Key Jr., *A Theory of Critical Elections*, en el que se realza un concepto destinado a ser central

en los estudios sobre la evolución del sistema de partidos estadounidense: el de la realineación. En opinión del investigador americano, el sistema de partidos estaría sujeto a trastornos cíclicos, que forman nuevas coaliciones intrapartidarias, nuevas líneas de división entre y en los partidos, y producen cambios de mayoría en el Congreso. Tales cataclismos señalan el paso de una era a otra en la política americana, su ciclo se cumple cada 40 años y, para cada uno de ellos, debería ser identificable una elección crítica, con función de vertiente entre los dos períodos: un punto de no retorno (11).

Entre la alineación y la realineación la relación es intuitiva y directa. Las alineaciones históricas son la cristalización de las realineaciones producidas. De formulación más reciente es el concepto de desalineación. La desalineación es un término que evoca la erosión de un sistema de partidos de una alineación histórica. Más específicamente describe aquel fenómeno, típico de los años 70 en EE. UU., de un aumento de la independencia política. Puede ser una señal importante, pero no es un indicador seguro de una realineación en marcha.

Durante los años 50 y 90 del siglo pasado, así como en los años 30 del siglo XX, han tenido lugar tres realineaciones sobre cuyo alcance temporal reina un grado de acuerdo poco común entre los estudiosos de la historia política. La realineación anterior a la guerra civil, caracterizada por la polarización en torno a la cuestión de la es-

La visión de los partidos como diferentes coaliciones de grupos sociales se corresponde con el modo de razonar de los políticos.

clavitud, advino mediante el surgimiento de un nuevo partido, el republicano, que sustituyó al partido *Whig*, determinando su extinción. La de los años 90, cuya elección crítica es comúnmente identificada con la de 1896, que sancionó la victoria republicana y la derrota de la revuelta agraria, fue una realineación de los partidos existentes mediante la absorción de un tercer partido. Por fin la realineación por excelencia, la usada más frecuentemente como prototipo, la de los años 30 del siglo XX, que tuvo como cuestión polarizante la Gran Depresión, es una realineación de los dos partidos existentes sin la aparición de terceras fuerzas en la escena política (12).

Basten estos datos para aclarar cómo los elementos constitutivos de las varias realineaciones históricas no son nada homogéneos, de tal modo que la noción misma de realineación se vuelve poco más que sinónimo de «gran cambio», lo que complica desmesuradamente la discusión sobre la realineación contemporánea, o sobre el fracaso de la misma. En efecto, es difícil encontrar dos autores que coincidan sobre las condiciones necesarias y suficientes para que se pueda hablar de realineación. Hay, no obstante, un núcleo de requisitos teóricos que una realineación debe satisfacer y que vale la pena señalar, aunque sea esquemáticamente. Una realineación, por su misma naturaleza, no puede ser temporal, sino un cambio estable y duradero que dé lugar a una alineación nueva. En realidad, «sin la noción de durabilidad el concepto desaparece del todo» (James L. Sundquist).

El verdadero secreto de la política de los partidos es su composición sociodemográfica: hay una relación entre la sociología del partido y su política.

Cada elección presenta cambios capaces de atraer la atención de los observadores políticos, pero a menudo se trata de cambios temporales. Ejemplos clásicos en este siglo son la doble elección de Wilson (1912-1916), en un período en el que las mayorías republicanas eran estables, y las presidencias de Eisenhower (1952-1956), en una época que permanece marcada por el predominio demócrata. Tales elecciones se consideran como un desvío de la norma. En efecto, el puro dato electoral no es bastante para indicar una realineación: «Una realineación es un desplazamiento en la distribución de la identificación partidista de base, distinta de una temporal alteración del comportamiento electoral» (13). Y es precisamente la identificación partidista el indicador más sensible y estudiado de una realineación en cuanto auténtica medida de la alineación existente.

Sin embargo, V.O. Key Jr. ya había señalado un cambio de los resultados electorales como una constante de las realineaciones de 1896 y de los años 30. El surgimiento de un nuevo partido de mayoría es considerado por muchos como una *conditio* en ausencia de la cual no se debe hablar de realineación. En gran medida, toda la polémica sobre la realineación se debe al hecho de que los porcentajes de demócratas en el Congreso se han mantenido bastante estables en torno al 53-55%; de manera semejante, la identificación partidista ve favorecidos a los demócratas, si bien se ha reducido notablemente la diferencia.

Opinamos que no es lícito considerar el concepto de realineación extensivo al de nuevas relaciones de fuerzas congresuales entre los dos partidos, aunque esté fundada en los datos de las realineaciones históricas. Diferente es, en cambio, el caso de la identificación. Más adelante se verá cómo la *leadership* demócrata en este campo está con toda probabilidad llegando a su fin.

Otro requisito o, mejor dicho, condición favorable a una realineación es, según algunos autores (14), la incandescencia del momento político, caracterizado por fuertes contraposiciones ideológicas entre y en los partidos, por un aumento de la participación política (y eventualmente electoral), por un fuerte vuelco en el comportamiento de los electores. Es central el requisito de la distancia ideológica entre los partidos, que puede ser definida como un «conjunto de áreas de acuerdo y de líneas de división que todos los participantes consideran como los mayores argumentos de la política y de los conflictos interpartidarios» (J. R. Petrocik). Mucho más específico al respecto es Sundquist, que afirma el surgimiento de una genuina cuestión transversal capaz de replantear las divisiones entre y en los partidos, condición necesaria, e incluso tal vez suficiente, para una realineación. Estas cuestiones políticas, que el autor define como fuerza realineante, ha estado en la base de las realineaciones históricas (años 50 del siglo pasado: esclavitud; años 90: industrialización; años 30 del siglo XX: Gran Depresión) y deben ser bastante poderosas como para «dominar el debate político y polarizar a la comunidad» (J. L. Sundquist).

Según otros, un cambio claro e inequívoco de los modelos de comportamiento que caracterizan la respuesta del electorado a los partidos sería señal de una realineación (15). El desligamiento de los electores de los partidos, el papel cada vez menor que los partidos cumplen en relación con las orientaciones políticas de los ciudadanos, es un dato de los últimos 20 años. E implica un sistema de partidos transformado con respecto al viejo. En la práctica, una realineación. Bien mirada, esta teoría no es más que un replanteamiento, formulado en términos de realineación, de la tesis del declive secular del papel de los partidos en la política norteamericana, sobre la que insiste Burnham desde 1970. Si aún no es lícito hablar de una gradual desaparición de los

partidos (el citadísimo libro de Burnham ha suscitado una plétora de dudas y controversias), interpretamos entonces las señales de ésta como síntoma de una realineación (categoría mucho más cara a los científicos políticos norteamericanos).

También el cambio de las coaliciones es, según algunos estudiosos (16), una característica típica de toda realineación. Ya el análisis de V.O. Key Jr. destacaba que el surgimiento del *New Deal* era el fruto de nuevas alianzas entre grupos socioétnicos. Los verdaderos aliados del partido del *New Deal* resultaban ser los católicos, los blancos del Sur y los trabajadores urbanos; mientras que los *Wasp* del Norte y muchos de los americanos de más edad permanecían fríos frente al partido de Roosevelt (si, como se ha afirmado, la guerra de Vietnam fue el Waterloo de las élites protestantes del Norte, se puede decir también que la Gran Depresión ha sido su campaña de Rusia). Aun cuando las coaliciones representan uno de los aspectos menos enfatizados de una realineación, no hay quien niegue cierto grado de correlación entre los grupos socioétnicos que sostienen a los partidos y una determinada alineación histórica. Por ello el cambio sustancial de las coaliciones no puede dejar el cuadro inmutable. Más bien, según Petrocik, representa el aspecto central de todo sistema de partidos: «Una realineación ocurre cuando el grado mensurable de adhesión al partido de segmentos identificables de la población cambia de manera tal que el perfil social de los partidos —la coalición— resulta alterado» (J. R. Petrocik).

Los partidos Demócrata y Republicano están divididos principalmente en el papel del Gobierno y de la política económica interna.

El ascenso de la nueva derecha reaganiana en los años 80 ha sido la señal para un reforzamiento del New Deal.

Todas estas discusiones teóricas sirven de base para responder a la pregunta: ¿vivimos aún en el sistema de partidos del *New Deal* o bien lo que ha ocurrido en los últimos 20 años lo ha relegado definitivamente a los libros de historia? Es lícito alimentar serias dudas sobre la productividad científica de este debate. «Durante más de tres décadas, los científicos políticos han emprendido una controversia excepcionalmente improductiva sobre los criterios que deben ser satisfechos a fin de que pueda declararse oficialmente una realineación. Mientras este debate se prolongaba fatigosamente, el mundo de los partidos americanos se había transformado. Desterremos el concepto...» (17). Pero, peregrino o no, tal debate ha estado en el centro de las reflexiones teóricas sobre el sistema de partidos americano. Conviene hablar, pues, de algunas de las opiniones más autorizadas sobre la *vexatissima quaestio* de la realineación contemporánea (18).

La expectativa de una realineación comienza en los años 70 y se vuelve casi angustiada en el transcurso de los años 80. Todo parece señalar que el gran evento está próximo: el aumento de la independencia política, el cambio de las coaliciones en que se fundaba la era del *New Deal*, el recurso cada vez más frecuente al voto cruzado (*split-ticket vote*), o sea, votar por un partido a la Presidencia y otro al Congreso, las campañas de terceros partidos (Wallace, American Independent Party, 1968). En suma, grande era el desorden bajo el cielo de los partidos políticos. Pero faltaba, y

sigue faltando, un dato; el cambio del partido de mayoría en el Congreso y el cambio contextual de la guardia en el partido de referencia de los americanos. Teniendo presente, como puro dato estadístico, que la mayor parte de los investigadores considera a la realineación de los años 80 un intento abortado, veamos en síntesis la opinión de tres autores sobre el tema.

Comencemos por un autor aislado pero muy claro: John Petrocik. Como ya hemos dicho, pone a las coaliciones de los partidos en el centro del análisis. Las razones por las que lo hace son múltiples. En primer lugar, esta visión de los partidos como diferentes coaliciones de grupos sociales se corresponde con el modo de razonar de los políticos de profesión. Los datos sobre la composición sociológica de los partidos, al menos aquellos más macroscópicos, constituyen una verdadera guía para la acción de los candidatos y de su *entourage*. En segundo lugar, la historiografía sobre el partido político americano, cuyos términos centrales son los reagrupamientos sociales y demográficos, tiene una larga tradición que no puede pasarse por alto. Por fin, «dado que estas diferencias en la base social de los partidos persisten (...), parece razonable ver a los partidos como coaliciones de grupos sociales y considerar las realineaciones como transformaciones de esta coalición». Sustancialmente Petrocik, aun sin ignorar las infinitas diferencias existentes entre los dos partidos, sostiene que el verdadero secreto de la política de los partidos es su composición sociodemográfica. Hay una relación directa entre la sociología del partido y su política.

Sentadas estas cuestiones, Petrocik no duda en identificar la realineación de los años 70-80 como un tipo «que difiere de los anteriores porque falta (hasta ahora, al menos) un nuevo partido de mayoría, un reforzamiento del actual partido de mayoría, o

una disminución tanto de los republicanos como de los demócratas. En su mayor parte, también está inalterada la fuerza relativa de los dos partidos, pero las coaliciones de los demócratas y de los republicanos se revelan muy diferentes de las de hace 20 años». El índice de esta realineación de las coaliciones intrapartidarias sólo puede ser el grado mensurable de identificación con un partido de los segmentos de la población, porque no se ha modificado la mayoría en el Congreso: «Cualquiera que sea su utilidad en el estudio de las realineaciones históricas, los resultados electorales no pueden usarse en el estudio de la realineación contemporánea». La coalición del Partido Demócrata en la época del *New Deal* y, con transformaciones de carácter leve, válida hasta el comienzo de los años 60, se fundaba sobre tres grupos socioétnicos: blancos del Sur, trabajadores urbanos y católicos. Aunque heterogéneamente definidos, los tres grupos coincidían de palabra en su clara preferencia demócrata. De 1950 a 1984, al modificarse la composición étnica de Estados Unidos, se producen algunos cambios con respecto a las coaliciones del *New Deal*, de los que vale la pena señalar los tres más evidentes: los blancos del Sur no forman ya un segmento compacto del Partido Demócrata; el voto de las minorías se ha vuelto esencial para la competitividad del Partido Demócrata; los católicos se distribuyen por igual en los dos partidos.

Concluye, pues, el autor: «La expectativa de una realineación debería terminar, porque ya ha tenido lugar una realineación y continúa. Está por verse que se encuentre en condiciones de producir una mayoría republicana, pero es indiscutible que ha influido de manera significativa en los partidos y ha condicionado las recientes elecciones presidenciales ... Los Estados Unidos han asistido a la formación de un nuevo sistema de partidos y las nuevas coaliciones son el meollo de esta transformación».

La credibilidad política de los demócratas ha resultado mermada en la transición a la sociedad posindustrial.

4.

Ya hemos señalado que Sundquist, tal vez el mayor estudioso del tema, sostiene que aquellas cuestiones que crean nuevas líneas de división entre los partidos, son prerequisites fundamentales para que pueda tener lugar la realineación. Analiza cuatro cuestiones que en la posguerra podrían haber demostrado poder para producir una realineación: la guerra de Vietnam, la cuestión racial y la criminalidad y la ilegalidad generalizada. Pero no ha habido realineación en ninguna de estas cuestiones porque ha faltado la polarización entre y en los partidos. Tanto la acusación a los demócratas de ser blandos en el tema del comunismo (*soft on Communism*) en los años 50, como la de haber arrastrado al país a la guerra de Vietnam, no sirvieron para crear nuevas líneas de demarcación. Después de encendidos debates quedó claro que el deseo de oponerse al comunismo era común a los dos partidos en los años 50 y que incluso la política de Nixon de buscar una salida digna del sureste asiático era ampliamente compartida. La cuestión racial habría tenido algunas posibilidades de producir una realineación si el Partido Republicano hubiese controlado el tema de las prerrogativas estatales (caro a los racistas del Sur y al *American Independent Party*). Pero ello no ocurrió. «Por un lado, el movimiento de resistencia blanca no buscó convertir al Partido Republicano en su propio instrumento político. Por el otro, los líderes republicanos locales habitualmente no estaban dispuestos a servirse de la cuestión racial»

Los demócratas gozan de un capital generacional que ha significado que su declive sea incluso más lento de lo previsto.

(J. L. Sundquist). El crimen o la ilegalidad generalizada no podían encontrar enfrentados a los partidos. A pesar del intento, a veces virulento, de echar a la permisividad demócrata las culpas del desorden social, los americanos en 1970 respondían así a la pregunta «¿A cuál de los dos partidos considera más idóneo para salvaguardar la ley y el orden?»: a los demócratas, 25%; a los republicanos, 28%; a ninguno de los dos, 22%; no sabe, 25%.

En esencia, no ha habido una cuestión transversalmente realineante; *ergo*, vivimos aún dentro de la alineación del *New Deal*. Hemos visto que para Petrocik la alineación del *New Deal* es coextensiva con respecto a las coaliciones rooseveltianas. Pero Sundquist lo niega: «El sistema de partidos del *New Deal* (es) la estructura de la competición política establecida en los años 30 entre un Partido Demócrata progresista (*liberal*) y un Partido Republicano conservador, divididos principalmente en las cuestiones del papel del Gobierno y de la política económica interna» (J. L. Sundquist). Esta es la alineación; otra cosa son las coaliciones. Que los blancos conservadores del Sur hayan encontrado su refugio en el Partido Republicano; que muchos anglosajones protestantes del Norte, *liberal* por vocación de *status* y de cultura, voten a los demócratas; que los católicos comiencen a mostrar claras simpatías republicanas, todo ello se mantiene en la línea de la alineación rooseveltiana, no va de ninguna manera en contra de ella.

El ascenso de la nueva derecha (*New Right*) reaganiana en los años 80 ha sido la señal para un reforzamiento del *New Deal*; la apuesta del Gop (*Grand Old Party*), el Partido Republicano, de polarizar nuevamente a los dos partidos conforme a la línea de demarcación progresistas / conservadores ha sido ganada.

Sundquist es muy claro con respecto a las coaliciones: «Cuando la alineación del *New Deal* se refuerza, las coaliciones del *New Deal* se debilitan y viceversa ... Mientras que el Partido Demócrata continuaba respaldado por un desmesurado porcentaje de suristas o católicos, ello se producía a pesar y no a causa de la realineación. Estos grupos seguían siendo preponderantemente demócratas, y otros grupos sustancialmente republicanos, por fuerza de la inercia como vestigio del antiguo sistema de competición regional entre partidos que la nueva alineación había suplantado». Con respecto a la descomposición de los partidos, «podría también trastornarse (esta marcha hacia la descomposición), y revigorizarse el sistema partidario del *New Deal*, dado que el debate político retorna a las cuestiones del papel del gobierno y de la política económica que tradicionalmente han sido, y tal vez incluso pueda decirse que normalmente son, los temas de la política americana».

En realidad la idea de que las coaliciones, transformándose, refuerzan la alineación del *New Deal*, cerrando las filas del conflicto progresistas / conservadores con líneas de demarcación sociodemográficas mucho más coherentes que las del pasado, resulta sugestiva pero no convincente. No puede persuadir la paradoja de Sundquist: «La desaparición de las alineaciones rooseveltianas revitaliza el sistema partidista del *New Deal*», por ser poco convincentes las premisas teóricas. La alineación del *New Deal* no se basaba en una discusión genérica del papel del gobierno en la estructura económica, sino en la demostración de que la

adopción de los principios keynesianos y de la asistencia social no eran sólo compatibles sino esenciales a la riqueza de la nación. La convicción de la plena compatibilidad capitalista de este modelo era el elemento en el que las fuerzas progresistas fundaban la propia credibilidad política y por el que obtenían mayorías. La crisis de estas premisas es la crisis del viejo sistema de partidos. Ninguna revitalización es posible después del naufragio de la izquierda norteamericana, tan claramente marcado por la «agonía presidencial» del Partido Demócrata.

Toda la teoría de una cuestión política como causa única y fundamental de una realineación, se revela insustancial aunque magistralmente construida. En efecto, cualquier transformación que no cambie radicalmente la línea de demarcación (*cleavage*) en torno a la cual gira la agenda política, está destinada a convertirse en una mera extravagancia. Las transformaciones en la identificación con un partido —el electorado blanco del Sur que ha abandonado al Partido Demócrata, la volatilidad electoral, el aumento de la independencia de los partidos—, siguen estando necesariamente fuera del complejo temático de la realineación. Mientras que los partidos estén divididos sobre el papel del gobierno, conviene señalar a todos estos fenómenos como particularidades del momento político, tal vez de breve duración pero totalmente marginales con respecto al meollo del sistema de partidos, o sea la agenda política. Paradoja por paradoja, en la línea de los análisis de Sundquist, si la cuestión que produce la realineación en el período antes de la guerra civil es la esclavitud y, como hemos visto, para el autor poco relieve tiene el partido vencedor en la realineación, si después de cierto lapso de tiempo la esclavitud se hubiese reintroducido, incluso a escala nacional, el sistema de partidos se habría mantenido intacto. O, en todo caso, si en las elecciones de 1896 la victoria del Partido Republicano, que quería

la industrialización, hubiese sido menos definitiva y una nueva revuelta agraria hubiera transformado a Estados Unidos en un país agrícola, el sistema de partidos no se habría conmovido porque la cuestión realineante era la misma. Fuera de toda paradoja, el defecto principal del ilustre estudioso es su antihistoricismo. La ausencia de sentido histórico le lleva a decir que la cuestión política que produce la realineación no tiene tendencialmente relación con los cambios estructurales de la sociedad americana.

5.

Más fundada en la historia resulta la evaluación del tercer autor que analizamos, Everett Carl Ladd. Obligado a tomar una posición más acorde con la agenda de los politólogos que con sus propios intereses, eminentemente históricos, en el estudio de los partidos políticos usa todo su rigor para intentar cerrar la controversia y fijar temas y problemas de más actualidad. Naturalmente, al hacerlo no puede eludir la gran *quaestio* de la realineación.

Después de haber presentado en síntesis los aspectos más relevantes de la realineación de los años 30, el autor señala la gran distancia entre esta última y los cambios contemporáneos: no hay ningún elemento «galvanizante» como la Gran Depresión, victorias presidenciales republicanas y mayorías demócratas estables en el Congreso, en las estatales y en las elecciones para gobernador, un creciente número de americanos que vota con independencia de los partidos, etc. Y concluye, de todos modos, que «no parece haber ninguna razón para que la realineación deba reservarse para desarrollos iguales a los de los años 30. Algo sustancial ha ocurrido y realineación es una buena palabra para ello. En primer lugar, algunos desplazamientos en la alineación de los electores han resultado evidentes en los últimos años. En segundo lugar, hay un

nuevo partido en el voto presidencial, los republicanos. Además, las cuestiones políticas difieren profundamente de las del período del *New Deal*. Por último la desalineación, el debilitamiento de los vínculos de los electores con los partidos, parece poder comprenderse mejor como un aspecto distintivo de la realineación en marcha que como una alternativa a la realineación» (19). Ladd reconoce la falsedad de la dicotomía realineación/desalineación. Este error derivaba de considerar la identificación con un partido tan relevante como lo había sido en el pasado. Ya los cambios en la identificación sufren demasiado las consecuencias del último voto expreso; sobre todo en el Sur blanco, durante la campaña electoral de 1984, se ha notado un cambio sin precedentes de lealtades de partido profesadas. «¿Tal vez (la *partisanship*) se está convirtiendo en algo mucho más accidental que antes, poco más que el reflejo de las preferencias políticas actuales?», se pregunta retóricamente Ladd. Por lo que respecta al instrumento político del electorado «realineado», o sea el voto cruzado (*split-ticket vote*), en las cinco elecciones presidenciales del 68 al 84 sólo una minoría ha votado por el mismo partido tanto en las elecciones al Congreso como en las presidenciales: el 37% en el 68, el 44% en el 72, el 41% en el 76, el 37% en el 80 y el 43% en 1984.

En resumen, Ladd no ve ninguna revitalización del *New Deal*, en primer lugar porque las coaliciones del *New Deal* están fragmentadas y, finalmente, porque la credibilidad política de los demócratas ha re-

La conexión entre los conservadores en cuestiones sociales y los conservadores en economía es el meollo de la nueva alineación.

sultado nómada en la transición a la sociedad posindustrial. La observación más importante de Ladd parece ser que la realineación contemporánea está caracterizada por el hecho de que «los vínculos entre electores y partidos son mucho más débiles que en las épocas anteriores y que una amplia franja del electorado toma sus propias decisiones cada año de nuevo, basándolas en la propia evaluación de la actuación de la que han dado prueba el presidente y/o los partidos».

La convicción de que las elecciones de 1988 eran otra prueba de que un nuevo sistema de partidos había ya relegado a los libros de historia al del *New Deal*, ha impulsado a Ladd a afrontar el tema con mayor resolución aún en un artículo de 1989 (20), que trata los dos puntos más candentes del tema: las coaliciones y la identificación con un partido. La característica más relevante de las elecciones de 1988 ha sido la previsibilidad, tanto en términos de ventaja de los congresistas en funciones (sólo seis no han sido reelectos) como de la permanencia de la alineación del sistema de partidos contemporáneo. Las elecciones de 1988 nos han dicho poco que no supiésemos, y es precisamente su tendencia a confirmar lo que las hace idóneas para ser estudiadas como elecciones que reflejan la nueva alineación histórica, aquella que, iniciada a finales de los años 60, ya ha suplantado a la precedente convirtiendo a la era del *New Deal* en «remota como la edad de McKinley»:

Como habíamos señalado, muchos comentaristas consideran la de los años 80 una realineación abortada. La elección de 1980 reunía todas las condiciones para convertirse en una elección crítica: un partido emergente, dotado de una dirección digna de ese nombre, un presidente que por primera vez desde los tiempos de Roosevelt era también el líder indiscutible del propio partido. No obstante, falta un dato: la nueva mayoría congresual republicana. En la práctica, las

modalidades de la realineación en marcha no deberían haber diferido mucho con respecto a las de los años 30, caracterizadas por un repentino cambio del partido mayoritario a todos los niveles: presidencial, congresual, estatal y local. Ladd sostiene, con razón, haber encontrado la clave para explicar la lentitud del proceso de agregación de la nueva mayoría republicana.

En resumen, la tesis es que los demócratas gozan de un capital generacional que ha significado que su declive en lo que respecta al Congreso sea mucho más lento de lo previsto.

Examinemos más de cerca qué se entiende por capital generacional. Los republicanos tienen su propio punto de apoyo entre los jóvenes de 18 a 29 años (media no ponderada de + 6%), mientras que los demócratas tienen una ventaja clara en los grupos de edad entre 54 y 74 años (media no ponderada de +11%). Muy diferente, si no espectacularmente opuesta, era la situación en 1952, en plena alineación rooseveltiana. Si se da crédito a cierta encuesta sobre la identificación con un partido de los adolescentes americanos, de 13 a 17 años, que se declaran por el 44% contra el 36% a favor de los republicanos (el 20% restante es, por supuesto, independiente), la constitución de una nueva mayoría debería ser sólo cuestión de tiempo (21). Los hijos de la era Carter-Reagan, de 30 años en adelante, demuestran preferencias republicanas bastante claras. Si creyéramos en el eslogan del movimiento de protesta americano de los años 60, «no te fíes de nadie que tenga más de 30 años», podríamos conformarnos con este dato. Como ya habíamos señalado, sin embargo, el aporte generacional al declive de la participación electoral en los últimos 20 años es un dato cierto: los jóvenes votan en porcentajes mucho menores que los adultos. Por lo tanto, el capital generacional de los demócratas, basándose en la franja de edad de los «ancianos», vale el doble, porque es preci-

Las minorías de color e hispanas son ya la clientela de la administración pública en las grandes ciudades.

samente a esta edad cuando los americanos se dirigen a las urnas con mayor solicitud.

Ello confirma indirectamente las teorías sobre la identificación con un partido como una variable que se establece durante la socialización primaria (22). Quien se asomaba al mundo durante los años del viejo sistema de partidos se ha mantenido, en su mayoría, defensor del Partido Demócrata. Quien, en cambio, maduró sus propias convicciones en los últimos 15 años, ha preferido a los republicanos. Una confirmación ulterior de lo correctas que eran las intuiciones de la «escuela de Michigan» es la leve ventaja republicana que se aprecia entre los octogenarios. Estos —la encuesta es de 1985—, que han recibido la socialización primaria durante los años 10 y 20 del siglo, en buena medida han mantenido preferencias republicanas. Las personas que han alcanzado la mayoría de edad política en el período 1930-1960 siguen siendo una amplia parte del electorado. Los demócratas viven, o mejor dicho sobreviven, en virtud de su enorme ascendente sobre el pueblo americano durante aquellos años.

La larga onda de la realineación de los años 30, unida a la escasa participación política de los jóvenes, es el eje, por tanto, de la falta de mayoría republicana. Por lo que se refiere a las coaliciones de los dos partidos, su distancia de las del viejo sistema partidario no podría ser mayor. Algunos datos se han mantenido inalterados, como por ejemplo la preferencia republicana de los protestantes de origen alemán o irlandés

con respecto a los católicos de los mismos grupos étnicos, pero los restos del viejo sistema son poca cosa frente a las novedades.

En las elecciones de 1988, que Ladd señala como «de conservación», de continuación del sistema post-*New Deal*, los «blancos del Sur se han convertido en el grupo regional más republicano en el voto presidencial, tanto a causa de la división racial que ve a los negros como preponderantemente demócratas, como porque éstos son ya el grupo regional más conservador» (E. C. Ladd). La conexión entre los conservadores en cuestiones sociales (los blancos del Sur y los fundamentalistas religiosos) y los conservadores en economía (los *Wasp* del Norte) es el meollo de la nueva alineación, cuyas características principales pueden resumirse así: «Nuestra actual alineación electoral, producto de un cuarto de siglo de transformaciones, tiene cinco componentes principales: la base de grupo del sistema actual ha cambiado sustancialmente con respecto a la de los años del *New Deal*; la nueva alineación del voto refleja profundos cambios en la «mezcolanza de las cuestiones» que acumulativamente han sido desventajosas para los demócratas en las elecciones nacionales; los republicanos han surgido como partido de mayoría en las elecciones presidenciales; la nueva alineación presenta una doble personalidad: una clara en el voto presidencial, otra en las elecciones estatales y locales (donde predominan los demócratas); la desalineación, el debilitamiento de los vínculos entre electores y partidos es evidente a través de todo el sistema actual, en cuanto el voto independiente de los partidos ha alcanzado un nivel sin precedentes.

6.

No obstante todas estas verdades parciales y el impresionante volumen y autoridad de los contenidos, y vista desde

Europa, la controversia aparece como un típico ejemplo del formalismo en boga en la politología norteamericana. El esquema conceptual usado para describir los cambios contemporáneos de los partidos es, como mínimo, un poco rígido y probablemente inadecuado. La misma terminología, como habíamos señalado, está condicionada por la generalización que se abstrae de los hechos históricos. El ritmo temporal de las elecciones críticas (1869, 1896, 1932) ha alimentado el debate desde 1968 en adelante sobre la realineación venidera que, para 1992, debería estar cronológicamente más que madura. Tal debate, aun exponiéndose a críticas similares, desvela también la más íntima vocación del politólogo norteamericano: la del vidente (dicho sea sin ninguna ironía). En efecto, el juicio sobre los cambios contemporáneos subsumidos o no en la categoría de la realineación es una previsión de los próximos 30 años de historia política. Es muy significativo, por tanto, que los politólogos hayan elegido como terreno de discusión un término tan cargado de futuro y de juicios que son predicciones. Este es el aspecto más vivo de toda la controversia, lo que la hace digna de ser proseguida.

Este carácter de previsión, al que ninguna ciencia puede renunciar, está aún muy vivo en las ciencias sociales en Norteamérica. Esta madurez de las ciencias sociales no se ha alcanzado todavía en Europa, o tal vez vivamos en la fase senil de tales ciencias, así que conviene atenerse a los hechos y señalar brevemente algunos cambios producidos en la sociedad norteamericana. En estos últimos 20 años los cambios estructurales han sido aún más macroscópicos que los políticos. El desarrollo económico y demográfico del suroeste del país ha replanteado el papel de las élites protestantes del nordeste y alejado más que nunca al país de Europa. La cuestión racial, que estalló cuando los negros eran la única gran minoría oprimida del país y mantenida bajo control con una legislación pater-

nalista durante unos 20 años, podría volverse actual ahora que las minorías de relieve son al menos dos, con la comunidad hispanoamericana destinada a superar a la de color en la próxima década, tanto en número como en grado de marginalidad. Estas minorías son ya la clientela de la administración pública en las grandes ciudades, mientras que el resto del país se inclina cada vez más a la libre economía y a los recortes en la asistencia. La cuestión racial presenta interconexiones tales con el final del *Welfare State* y del liberalismo del *New Deal*, que la previsión de que llegue a agudizarse durante el desmantelamiento del Estado social es incluso demasiado fácil. Las señales de una ruptura de la tregua racial provienen en estos años más de los blancos que de los negros, bajo la forma de una intolerancia general del sistema de las cuotas. En 1989, en el famoso caso *Wards Cove Packing Co. versus Antonio*, la Corte Suprema estableció que correspondía al trabajador discriminado demostrar que los empleados habían favorecido conscientemente a los blancos (el peso de la prueba en los procesos de *affirmative action* había sido tácitamente invertido hasta entonces). La fuerza política del tema de las cuotas se ha experimentado en la reciente campaña electoral del senador republicano Jesse Helms (candidato contra el demócrata de color Harvey Grant en 1990). El *spot* publicitario más significativo y eficaz era el siguiente: unas manos blancas sostienen una carta de rechazo de un puesto de trabajo y una voz en *off* dice «Necesitabas ese trabajo y eras el más cualificado, pero ha ido a parar a un miembro de una minoría en razón de las cuotas raciales». La inconsciencia de quien está jugando con la caja de Pandora del conflicto racial no se extiende, obviamente, a todo el Partido Republicano.

Si se lee esquemáticamente la lucha política norteamericana en este siglo como una oleada de sentimientos de aversión hacia el *Big Business* y el *Big Government*, no hay duda de que este último es el blanco

de las mayores críticas en estos años, y el sistema de las *affirmative actions* con la tendencia presunta o real a crear frecuentes casos de discriminación al contrario, bien se presta a convertirse en el paradigma, al menos para la Norteamérica blanca, de la odiosa intervención gubernativa en la libre economía.

La clase media americana ha crecido notablemente en estos años, se ha vuelto más homogénea, —ya están superadas las tradicionales divisiones entre blancos étnicos (los no anglosajones) y los *Wasp*—, y al menos en el voto presidencial es cada vez más republicana. Con la pérdida de la clase media, el Partido Demócrata se ha convertido en una acumulación de intereses particulares. El autoirónico eslogan de los activistas demócratas, *I don't belong to any organized party, I'm a Democrat* («no pertenezco a ningún partido organizado, soy un demócrata»), sintetiza bien la fase en que se encuentra este gran partido, cuyos referentes clásicos, los trabajadores urbanos, los católicos y los blancos del Sur, han dejado el puesto a un cúmulo de grupos de interés, entre los cuales sólo las minorías étnicas surgen como un segmento compacto en el voto a todos los niveles. Mucho más homogénea es la coalición del Partido Republicano que, si bien se mira, se encuentra ante el deber de afrontar un único gran compromiso para poder ser competitivo: el que ha de establecerse entre conservadores sociales y conservadores en economía, en la práctica entre los blancos del Sur y los protestantes del Norte.

La clase media norteamericana ha crecido notablemente en estos años, se ha vuelto más homogénea y cada vez más republicana.

***Ambos partidos se revelan frágiles,
tanto por la escasa solidez de sus
programas políticos como por el
desfase con la sociedad civil.***

Cambios de tal alcance están destinados a poner en segundo plano la cuestión de la realineación, fórmula insuficiente para dar cuenta de una realidad tan caótica como la de los partidos políticos. El formalismo del debate politológico queda señalado por el hecho de que la falta de mayoría republicana en el Congreso ha llevado a la controversia a un *cul-de-sac*. La distinción entre realineación crítica y no crítica, aquella en que las mayorías en el Congreso se mantienen inalteradas, o sea la actual, es un artificio terminológico que no puede satisfacer a nadie. Sin embargo, algo resulta evidente: este sistema ya no tiene nada en común con el del *New Deal*. Que los electores enfrenten a la opinión con el hecho consumado, capaz de acallar cualquier comentario, de la nueva mayoría republicana en el Congreso en las elecciones de 1992, es altamente improbable. Las características mismas del actual sistema de partidos juegan en conjunto a favor de elecciones confirmatorias. Desde hace unos diez años, desde la primera elección de Ronald Reagan a la Presidencia, el grado de previsibilidad de los resultados electorales ha sido máximo. Las elecciones a media legislatura de noviembre de 1990, que incluso se desarrollaron en un momento particularmente desfavorable para los republicanos (inicio de una recesión largamente anunciada por los *media* y crisis del Golfo), no han conocido cambios de relieve. Sobre 406 congresistas que intentaban la reelección, 391 han tenido éxito (el 96%), 79 de estos últimos no tenían opositores y 168 no tenían competidores financieros creíbles (menos de 25.000 dólares recogidos para la campaña electoral). El

premio a los congresistas en funciones (*incumbents*) llega ya a sus máximas históricas.

Así, pues: ¿declive o vitalidad de los partidos políticos? Es evidente que la respuesta sólo puede depender del modelo de partido, de la auténtica forma que el observador tiene del partido político. Si tenemos en cuenta a los partidos de las coaliciones de profesionales orientadas a la victoria en las elecciones a cargos públicos, acentuando los caracteres funcionales de selección de la clase política, es probable que el juicio no sea del todo negativo. Los partidos son hoy más nacionales, están mejor dotados de financiación y seleccionan a una clase política en su conjunto ni mejor ni peor que la de otras épocas históricas. Pero paralelamente y en los intersticios de esta concepción minimalista del partido se insinúa una propia del modelo demócrata, la ético-política de adecuación a las funciones de correa de transmisión, de mediación de las instancias de los ciudadanos y del conflicto. ¿Están los partidos norteamericanos en condiciones de administrar los enormes problemas internos e internacionales de la única superpotencia que ha permanecido como tal? ¿De proponer un fuerte *leadership* tanto en relación con Europa como con el Sur del mundo; de integrar masas crecientes de inmigrantes y de sanear el balance federal? En este terreno, los dos partidos se revelan frágiles, tanto por la escasa solidez del debate y del programa político como por el desfase con respecto a la sociedad civil. La permanente fractura del voto (*split-ticket vote*) es el resultado de esta incapacidad de los partidos para convertirse en vectores de intereses a un tiempo nacionales y locales. En último análisis, la carencia de *leadership* es tal que quien confía en los partidos americanos para programas y respuestas a los problemas del mundo contemporáneo, tanto en EE. UU. como en cualquier otra parte, corre el riesgo de encontrarse «al sur de ningún Norte».

Traducción de Mario Merlino.

- (1) James L. Gibson, Cornelius P. Cotter, John F. Bibby y Robert J. Huckshorn: «Assessing Party Organizational Strength», *American Journal of Political Science*, que de ahora en adelante llamaremos *AJPS*, 1983, p.215.
- (2) Nos referimos, naturalmente, a: *Critical Elections and the Mainsprings of American Politics*, de Walter Dean Burnham, WW Norton, Nueva York, 1970.
- (3) W. J. Crotty, *The Party Game*, Freeman.
- (4) Philip E. Converse : «Some Priority Variables in Comparative Electoral Research», Richard Rose (ed) *Electoral Behavior, a Comparative Handbook*, The Free Press, Nueva York, 1974, p. 730.
- (5) Hugh L. Le Blanc, *American Political Parties*, St. Martin Press., Nueva York, 1982, pp. 307-319.
- (6) Por ejemplo Ruy Teixeira, *Why Americans don't Vote. Turnout Decline in the United States 1960-1984*, Greenwood Press, Westport, CT, 1987.
- (7) Angus Campbell, Philip E. Converse, Warren E. Miller y Donald Stokes, *The American Voter*, Wiley, New York, 1960.
- (8) Especialmente P.E. Converse y G.E. Markus, «Plus a change... The News Cps Election Study Panel», *APSR* 1979, pp. 32.49; y Dobson y D. St. Angelo, « Party Identification and the floating Vote: Some Dynamics», *APSR*, 1975, pp. 481-490.
- (9) Cfr. Anthony Downs, *An Economic Theory of Democracy*, Harper and Row, Nueva York 1957; V. O. Key Jr., *The Responsible Electorate*, Harvard University Press, Cambridge, Ma., 1966 y Morris P. Fiorina, *Retrospective Voting in American National Elections*, Yale University Press, New Haven, 1981.
- (10) Norman, Nie, Sidney Verba y John R. Petrocik, *The Changing American Voter*, Harvard University Press, Cambridge, Ma., 1976 (1979 ed. rev.).
- (11) V.O. Key Jr., «A Theory of Critical Elections», *JOP*, 1955, pp. 13-18.
- (12) Se ha tomado esta clasificación de James L. Sundquist, *Dynamics of the Party System*, The Brookings Institution, Washington DC, 1983, (ed. rev.), pp. 19-24.
- (13) John R. Petrocik, *Party Coalitions*, The University of Chicago Press, Chicago, 1981, p.6.
- (14) Entre otros, Everett C. Ladd, *American Political Parties: Social Change and Political Response*, Norton, Nueva York, 1970.
- (15) W.D. Burnham, «The Changing Shape of the American Political Universe», *APOR*, 1975, PP. 7-28, y *The Current Crisis in American Politics*, Oxford University Press, Nueva York, 1982.
- (16) Sobre todo J.R. Petrocik, cit. en «Realignment: New Party Coalitions and the Nationalization of the South», *JOP*, 1987, pp. 347-373.
- (17) E. C. Ladd, «The 1988 Elections: Continuation of the Post-New Deal System», *PSQ*, 1989, p. 18.
- (18) Los autores son J.R. Petrocik, J.L. Sundquist y E.C. Ladd; el panorama es, en nuestra opinión, relativamente exhaustivo.
- (19) E.C. Ladd, «On Mandates, Realignment and the 1984 Presidential Election», *PSQ*, 1985, p.13.
- (20) E.C. Ladd, «The 1988 Elections: Continuation of the Post- New Deal System», *PSQ*, pp. 3-18.
- (21) Robert Bezilla (director), *America's Youth 1987-88*, The Gallup Organization, Princeton, N.J., 1988, p. 109.
- (22) A. Campbell *et alia*, *The American Voter*.